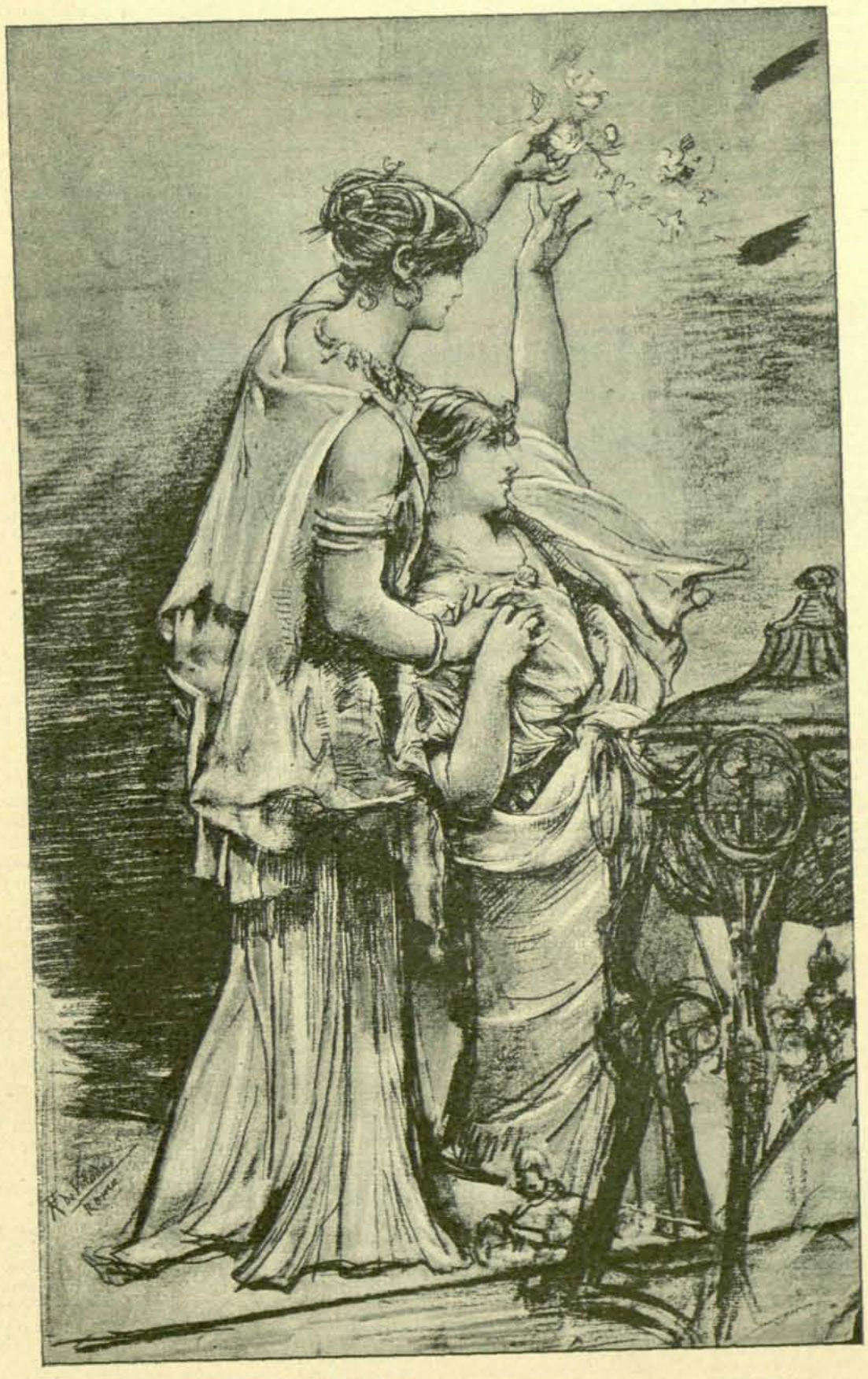
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 1 DE AGOSTO DE 1887 — NUM. 292

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



FIGURAS DE ESTUDIO PARA EL CUADRO LA NAUMAQUIA ROMANA, de R. de Villodas

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*El ángel de Caracas*, por la Baronesa de Wilson.—*Los invisibles* (continuación), por don Cecilio Navarro.—*Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*La Naumaquia romana*, cuadro y dibujos de R. de Villodas.—*Buen botín*, dibujo de K. Schultheiss.—*La calle de Graciamat en Barcelona*, dibujo de J. L. Pellicer.—*El general M. Tajes.*—*Física sin aparatos.*

NUESTROS GRABADOS

LA NAUMAQUIA, cuadro de Villodas

(Estudios para esta obra)

El simple curioso que visita una Exposición ó un Museo sin más objeto que dejarse impresionar por las obras de arte, cree buenamente que los cuadros salen de la paleta del pintor como Venus de la espuma del mar ó Minerva de la frente de Júpiter. Error, craso error, que impide avalorar debidamente la suma de trabajo, aparte aun la mayor suma de talento, que supone una verdadera obra de arte.—¡Cuántos son,—nos decía ha poco nuestro director artístico,—los que se figuran que un buen dibujante y buen colorista produce los cuadros como la tierra produce los hongos...!

Nada de esto sucede, profano lector; antes bien suponiendo el artista más privilegiado, es indecible la suma de estudios preliminares que supone un cuadro, y sobre todo un cuadro de historia, por muy dúctil que sea la conciencia de su autor. Figurémonos, pues nuestra buena suerte nos lo depara, la *Naumaquia* de Villodas, *primer premio* de la última Exposición madrileña, cuyo juicio pueden repasar nuestros favorecedores en el número 285 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Se trata de un gran lienzo representando el primer combate naval figurado en el Campo Marcio de Roma, gracias á la política espléndida del emperador Augusto, el maquiavélico césar del *panem et circenses*. El autor, después que *ha visto* en su imaginación la traza general del cuadro, ha tenido que estudiar del natural el lugar de la escena y en seguida copiar, mejor dicho, inventar su reconstrucción y distribución, no arbitrariamente, sino de tal suerte que los anticuarios y arqueólogos hayan de convenir en que si la cosa no fué así, pudo muy bien serlo.

Superado este trabajo y teniendo en cuenta que se trata de un combate naval, ha de haber hecho el artista un estudio concienzudo de las naves de la época, de su aparejo, de su armamento, de sus tripulaciones, de sus maniobras, de su manera de batallar; cosas todas que un pintor serio no puede fiar al capricho y de las cuales se entera únicamente á fuerza de investigaciones y de ímprobos estudios. Seguidamente ha de formarse idea en los restos del pasado, de los tipos, los trajes, los adornos, las costumbres del gran número de personajes que piensa introducir en el cuadro, distribuyéndolos según la etiqueta de aquellos tiempos, mucho menos democráticos que los nuestros en el ramo de espectáculos públicos.

Una vez dominadas estas dificultades, hay que *componer*, porque no basta, en una obra de arte, que esta represente algo; es necesario que domine en ella un pensamiento, es indispensable que diga algo al sentimiento, es de rigor que sus personajes expresen algo, y aun varios algos, sopena de incurrir en una monotonía anti-estética. En la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci todo se reduce á trece figuras sentadas á una mesa; pero como cada una de esas figuras expresa fielmente una cosa distinta aunque inmediatamente relacionada con la situación, de aquí el asombro que la obra causa á expertos y á legos. Cuando el artista ha *ideado* la composición de su cuadro, el cuadro existe en su mente; pero de la mente ha de pasar á la realidad, al lienzo: falta lo que al profano le habrá parecido el todo de la cosa, falta su ejecución.

Y aquí entra de lleno el artista, porque aquí entran las mayores dificultades á vencer. Los grupos, los simples personajes de un cuadro no son hijos del azar, y por muy maestro que el artista sea en dibujo, la verdadera naturalidad únicamente sale del natural. De aquí una serie de estudios parciales y otra serie de dificultades para llevarlos á cabo. A cualquier imbécil se le figura que para estas cosas, un modelo ó un maniquí sacan del compromiso al artista menos aventajado... ¡Otro nuevo error!... El modelo no pasa de ser la primera materia en semejante caso; el barro del cual obtiene el escultor la primera forma de su concepción. Pero ¿cómo se obtiene esa forma de la materia dúctil? A fuerza de talento y á fuerza de trabajo. Así el pintor ha de escoger y preparar el modelo de suerte que corresponda á su deseo, y en esta disposición traza su estudio y prepara, uno á uno, los elementos que, reunidos, darán por resultado la acción y la vida de un cuadro. Pero estos esbozos parciales han de combinarse y completarse sucesivamente sobre un mismo lienzo y formar el todo de un pensamiento adoptado de antemano. Es necesario, por lo tanto, que exista entre ellos la debida relación, que no desentonen unos de otros, que en lugar de ser partes de un todo, no resulten fragmentos discordantes de un *pandemonium*, pegados caprichosamente á una tela de mayor ó menor superficie, y negándose éstos á aquéllos, como si fueran hijos de diversos tiempos y de diversos pueblos, reunidos por casualidad y por distintas causas en una misma cita. Unicamente cuando esto se ha conseguido, puede jactarse el artista de haber reunido los elementos necesarios para pintar un cuadro.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que admira á los profesores y quisiera transmitir su entusiasmo á los más profanos; al publicar el laureado cuadro del insigne Villodas, se ha proporcionado una copia de diversos estudios preliminares ejecutados felizmente por el autor. Ellos corroboran la justicia de nuestros asertos y son, digámoslo así, las primicias de esa obra de arte con que se ha enriquecido últimamente la pintura española.

Figuras de estudio para el cuadro *La Naumaquia romana*, de R. de Villodas

BUEN BOTÍN, dibujo por K. Schultheiss

La caza tiene cierta analogía con la guerra: esto lo sostienen varios continuadores de Nemrod, algún tanto degenerados, á pesar de todo. Por nuestra parte, comprendemos que exista cierta paridad entre el cazador de leones, por ejemplo, y el cazador de hombres. Pero ¿qué analogía puede existir entre el vencedor de pueblos que defienden bizarramente su independencia y el vencedor de tímidas gacelas y asustadizos conejos?...

El autor del dibujo que publicamos ha encontrado, sin embargo, el punto de contacto entre ambos ejercicios. Ese punto es el botín. Los cazadores de nuestro cuadro no han perdido el tiempo. Bien sean siervos del castillo, como lo indica su traje; bien cazadores furtivos, como lo puede dar á entender el sigilo con que conducen su presa; ello es que dos venados representan un día bien aprovechado.

No es de extrañar, por lo tanto, el empeño con que tratan de poner su botín á salvo de otros cazadores de gangas; lo cual da lugar á una serie de esfuerzos que el artista ha interpretado con verdad; como feliz ha estado en el lugar de la escena, triste, agreste, el más á propósito para hacernos sentir uno de esos comunes episodios de la dura vida feudal.

LA CALLE DE GRACIAMAT EN BARCELONA, dibujo por J. L. Pellicer

Nunca le es más grato á un buen hijo el retrato de su madre como cuando ésta se halla próxima á sucumbir bajo el peso de sus años. Pellicer que quiere mucho á su madre patria, ha querido hacer el *retrato* de una calle condenada á desaparecer por sentencia de la higiene y de la vistosidad. No hay que hacer constar cuán parecido y á conciencia está ejecutado este trabajo: para ello es muy bastante saber á quién es debido. Respecto al pensamiento, no hemos de decir hasta qué punto merece nuestro elogio, cuando nos hemos congratulado de que se realice aun en países extranjeros.

Las ciudades viejas se van, y la generación que las derriba pecaría de ingratitud si relegara perpetuamente al olvido esas calles, que podrán ser oscuras y estrechas y malsanas; pero que habitaron nuestros antepasados, aquellos hombres que arrojaron generosamente las semillas de sus virtudes para que nosotros y nuestros hijos cosecháramos el fruto.

EL GENERAL M. TAJES

(Presidente de la república oriental del Uruguay)

Con verdadero placer publicamos el retrato de este ilustre personaje, á quien «el más fecundo y popular de los escritores americanos,» como ha llamado Castelar al Sr. Héctor Florencio Varela, ha calificado de *Regenerador de la patria oriental.*

Y, nada más justo que este bautismo glorioso, al tener en cuenta y juzgar la marcha política del general Tajes desde que, los acontecimientos y la voluntad de sus compatriotas, lo elevaron, entre aplausos y esperanzas, á la primera magistratura de la República.

La índole de nuestro periódico no nos permite entrar en la apreciación detallada de todo cuanto ha hecho y realizado el vencedor del *Quebracho* en el poco tiempo que cuenta su Presidencia; pero, para comprender la magnitud de su obra patriótica, bástenos decir que, en un país, víctima durante muchos años de los caprichos de gobiernos personales que pisoteaban y escarnecían la ley, y hacían de las rentas de la nación la fuente de sus expoliaciones, acaba de fundar un gobierno de orden, de moralidad, de principios *y de verdadera constitución*, bajo los auspicios generosos de una política de amplia fraternidad, que apagando odios y rencores entre los combatientes de largos años, les acuerda á todos *indistintamente* las mismas garantías y derechos.

De aquí el prestigio que hoy tiene su autoridad; las simpatías que por doquier le rodean, el crédito de la administración que preside, el aumento fabuloso que han tomado los valores nacionales, el desarrollo de las operaciones comerciales, el establecimiento de nuevos bancos con grandes capitales extranjeros, y el apoyo potente que la opinión y el país prestan al general Tajes.

Es, pues, una regeneración completa y feliz la que se ha realizado en la fértil y rica República del Uruguay; regeneración de la que por tantos motivos tiene que regocijarse España, ligada hoy á la patria de los *Treinta y tres*, no sólo por los vínculos de la sangre y del idioma, sino por relaciones comerciales de la mayor importancia.

¡Y que Dios siga inspirando al general Tajes como hasta aquí!

EL ÁNGEL DE CARACAS

ANÉCDOTA

I

En un delicioso valle, cubierto de flores y engalanado por bellísimas quintas y ricas haciendas, y recostada en las faldas del Avila, risueña como mañana de abril, se extiende la ciudad de Caracas.

El clima sin rival, suave y templado, la eterna primavera que viste sus árboles de frutos y de hojas, y las elevadas palmas reales que en ambas orillas del Guaire crecen y levantan sus altivas copas hasta el cielo, hacen de la capital de Venezuela, un recinto encantador.

La población es alegre, bonita y galana: sus casas frescas y con jardines: sus paseos pintorescos y animados.

El elevado cerro del Calvario, convertido en deleitoso parque, por el buen gusto del general Guzmán Blanco, es hoy el punto de reunión de la sociedad caraqueña, de esa sociedad, tan culta como hospitalaria.

Los costados del cerro están convertidos en verjeles de fácil subida para los carruajes, y la plataforma, en el centro de la cual se levanta la estatua del prócer caraqueño (1), es un delicioso conjunto de jardines, y grupos de flores y de follaje.

El paisaje no tiene rival, pues la vista se deleita en girar por el hermoso valle, se eleva á las altas crestas de la Silla y del Avila, ó se recrea en la vista general de la ciudad.

Era una tarde de general alegría: el pueblo celebraba la fiesta de la patria, y músicas y bullicioso tropel de gente llenaban las calles y paseos.

Graciosas mujeres poblaban el cerro del Calvario y lujosos carruajes subían y bajaban sin cesar.

Cerca de uno de los cuadros de flores y al pie de la verja de la estatua, estaban sentadas dos elegantes señoras; una hermosa, á pesar de haber pasado la primera juventud, y otra, casi una niña, pálida y endeble y en cuya graciosa fisonomía se veían las huellas de reciente enfermedad.

– Dentro de un instante nos iremos, Laura; estás cansada y convaleciente.

—Aun es muy temprano, mamá.

– Ya sabes lo dicho por el médico, una recaída sería la muerte: ni aun quisiera pronunciar esa palabra y me estremezco cuando pienso en el peligro del cual felizmente has salido.

—Tienes razón: he hecho sufrir tanto á los que me aman, que deseo evitarles nuevos pesares.

Ambas se levantaron dirigiéndose hacia un *Clarens*, cuyos hermosos caballos piafaban de impaciencia: subieron y el lacayo, cerrando la portezuela, trasmitió la orden:

– A casa.

Y el coche bajó rápidamente, pero al llegar á la entrada de la ciudad se vió detenido por un grupo de gente.

—¿Qué es eso? – preguntó Laura á la persona que vió más cercana.

—Nada, señorita: un hombre que está tendido: sin duda quiso festejar demasiado á la patria y se ha emborrachado.

– No, no, Casilda,—dijo una mujer del pueblo:—si está muy pálido, parece un muerto.

– A ver si puede V. hacer pasar el coche, Ramón,—dijo la madre de Laura. Pero la joven, abriendo la portezuela, saltó al suelo, diciendo:

—Vamos á ver, mamá: pobre hombre!—añadió acercándose al que era objeto de la atención general y fijándose en que era anciano y que en su semblante se reflejaba la miseria.

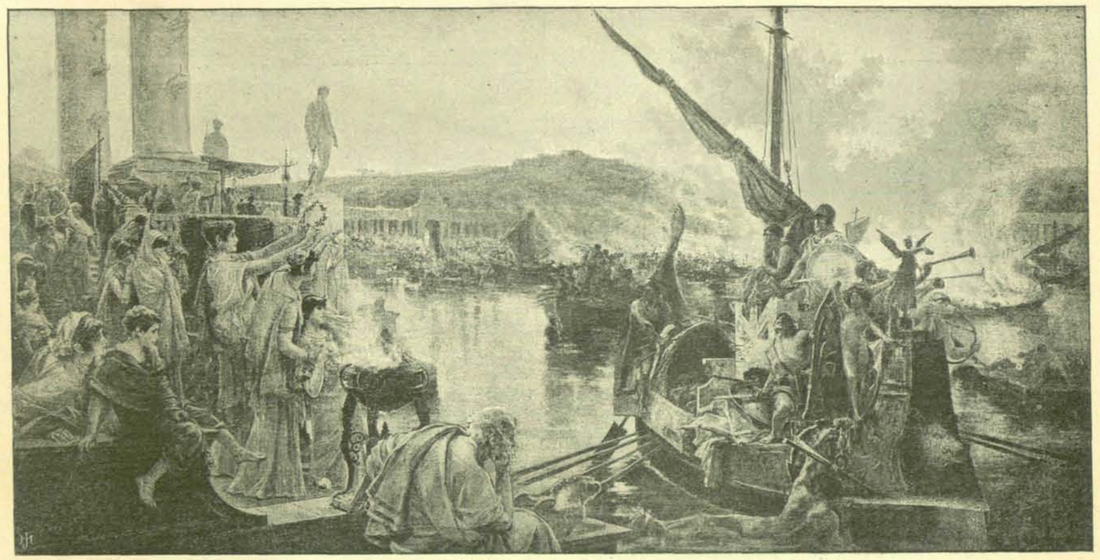
– ¿Estará muerto?—exclamó.

– No, señora,—contestó un joven que pulsaba al caído:—la debilidad causa este síncope: hará muchas horas que no ha probado alimento.

– ¿Es V. médico?

(1) El general Guzmán Blanco.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BELLAS ARTES DE 1887



LA NAUMAQUIA ROMANA, cuadro de R. de Villodas (medalla de primera clase)

– Sí señora, felizmente... me parece que se debe enviar este hombre al hospital.

Laura dirigió una mirada suplicante á su mamá y la dijo:

– Que lo pongan en el coche y en casa podrá tomar algo, ¿quieres, mamá?

– Pero... Eres demasiado sensible, Laura, y vas á pasar muy mal rato.

– Nada temas; ya verás como soy fuerte.

– Cerca de aquí hay coches de alquiler, – observó el médico:—si gustan, yo lo conduciré á casa de ustedes.

– ¡Oh! gracias,—exclamó Laura, radiante de alegría.

– ¡Parece el ángel de la caridad!—murmuró el médico.

II

Al día siguiente, el anciano, al recobrar completa razón, se encontró hospedado en la cómoda casa de Laura, situada enfrente de la iglesia de Altagracia.

La joven había celebrado las fiestas de la patria con un acto digno del corazón de la mujer.

– Puede levantarse, – respondió el doctor á la interrogación que le hizo Laura,—pero está muy débil.

El anciano se incorporó fijando sus ojos en las tres personas primero y en la estancia después.

– No me acuerdo de nada: creí morir y caí: ¿en dónde estoy?

Laura se sonrió y dijo:

– En una casa que no abandonará V., mientras no esté completamente bien.

– ¿Tiene V. familia? ¿quiere V. que se avise para que venga?—preguntó la madre de la caritativa niña.

– ¡Ay, señora! soy solo en el mundo y hace más de tres meses que me falta el trabajo, porque estoy enfermo: Dios es justo: el que no siembra no recoge.

– ¿Por qué dice V. eso? ¿desconfía de esa providencia que ayer lo socorrió y lo amparó?—observó severamente el médico.

– No, señor, y si las señoras y V. lo permiten, contaré mi historia.

– Desde luego; escuchamos.

– Hace veinte años que era joven y fuerte: trabajaba como ebanista y amaba y era amado: tenía esposa y un hijo de cuatro años.

Contento con mi suerte disfrutaba de los goces de la vida de familia y mi santa mujer bendecía á cada instante la hora en que se casó conmigo, y, al abrazar á nuestro hijo, se consideraba la más dichosa de las criaturas.

Pero la suerte se cansó de ser pródiga con nosotros.

Caí gravemente enfermo y en corto tiempo se agotó el producto de nuestras economías, que á costa de privaciones habíamos reunido.

Mi infeliz esposa era un ángel de consuelo; una de esas mujeres buenas y resignadas y con su trabajo sostenía al enfermo y al niño.

Cuando me levanté estaba tan débil, que durante un mes nada pude hacer, y cuando empecé á salir, triste y abatido, me faltó el valor para luchar con la adversidad.

El anciano lanzó un suspiro y continuó:

– Las malas compañías me pervirtieron: falsos amigos me llevaron á sitios en donde embriagándome olvidaba.

¡Oh! la embriaguez fué la causa del infortunio que hoy me agobia.

– Pobre hombre,—exclamó Laura,—se conoce que ha sufrido y sufre mucho.

– Mi mujer,—añadió el ebanista – se lamentaba y reprendiéndome quería apartarme del abismo, pero yo, ciego y desatentado, corría hacia él.

Poco á poco se vendieron los muebles, y la miseria y la tristeza se posesionaron de mi casa antes tan alegre y feliz.

Recobré las fuerzas, pero ¡ay! había perdido el hábito del trabajo y todo el día lo pasaba ó lejos de mi familia, ó viendo trabajar á Marta, sin descanso, para atender á nuestras necesidades.

La embriaguez me había embrutecido, haciéndome perder hasta el amor á mi mujer y á mi hijo.

Cuando volvía á casa, era feroz, brutal y casi siempre estaba ebrio.

Una noche era más tarde que de costumbre: tal día de las fiestas patrias, como ayer.

Marta me esperaba llorando y exasperado la dí un golpe en el pecho, y medio loco, por la borrachera, agarré al niño que lloraba al lado de su madre y lo arrojé brutalmente sobre la cama; pero resbaló y cayó lanzando un grito al que respondió otro de desesperación, de terror; poderoso, terrible, como el de la leona á quien roban sus cachorros.

III

Laura se había puesto de pie y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas: aquella narración la conmovía demasiado.

– Vale más que te retires á tu cuarto, hija mía: tu salud es delicada y tal vez pueda causarte daño esa emoción.

– No, madre mía: deseo escuchar el final de esa inmensa desventura: continúe V., desgraciado; ¡cuánto debe sufrir con esos recuerdos!

– Mucho, señora, me matan... Mi cabeza se despejó como por encanto,—añadió,—al escuchar el doble grito y mi corazón latió con violencia; ¿habré asesinado á mi hijo? pensé horrorizado. Lo adoraba, señora, lo adoraba y temblando me acerqué á Marta: por primera vez me rechazó y pasamos la noche ella con su hijo en los brazos y yo desesperado.

El golpe ó el susto causaron al niño terribles convulsiones y ocho días después voló al cielo, llevándose mi esperanza y mi alegría.

Los pesares y el trabajo habían quebrantado la salud de Marta y la muerte de su hijo trastornó su razón.

Fué necesario conducirla á la casa de locos y allí pasó ocho años cantando siempre como si estuviera meciendo á su hijo.

¡Pobre Marta! hace un año que murió y al morir recobró la razón y me llamó para perdonarme.

Después caí enfermo: estuve en el hospital cinco meses, y ayer, agobiado por mis recuerdos, que ese día renovaba aún más, sin haber probado alimento en veinticuatro horas, caí sin sentido y hubiera muerto tal vez, sin el auxilio de ustedes.

– Doctor, ¡qué terribles consecuencias tiene la embriaguez!—dijo la madre de Laura.

– Continuamente veo tristísimos ejemplos, pues por mi profesión, todas las miserias humanas, pasan ante mis ojos creo que en los siglos anteriores al XVIII no se conocía aún sino el vino y la cerveza: han tenido después otros auxiliares y cada día es mayor el número de sus adeptos y de sus víctimas: este hombre no podrá ya dedicarse á trabajar: su naturaleza está acabada y su vida no será larga: el alcohol abrasa y arruina para siempre.

– ¿Cómo se llama V.?—preguntó Laura acercándose al anciano.

– Guillermo Suárez, señorita.

– Pues bien: desde hoy no necesita V. trabajar ni mendigar.

– ¿Qué dice usted?

– Aquí tiene V. casa: aquí recobrará V. la salud y las fuerzas y entonces veremos qué ocupación puede usted desempeñar.

– ¡Oh! ¿es posible que un ángel del cielo se interese por este desventurado?

– Laura,—exclamó el médico,—tiene V. un corazón noble y generoso; un alma sublime y celestial.

Guillermo desde ese día vivió en la casa y la madre de Laura apoyó á su hija para favorecer al infeliz.

Cuando Guillermo recobró un poco de vigor, tomó á su cargo repartir los socorros que con mano pródiga derramaba su joven protectora, y era él quien recibía las bendiciones de los desgraciados.

El nombre de Laura era venerado como el de una santa y su fortuna, manejada hábilmente por su madre, fué un manantial de salud y prosperidad para millares de desheredados.

Una mañana no acudió Guillermo, á la hora de costumbre, para recibir las órdenes de su protectora.

El criado que envió Laura para buscar á Guillermo lo encontró muerto.

Era el día de las fiestas de la patria, fatal aniversario para el infeliz.

Laura continuó siendo la providencia de los menesterosos: jamás quiso contraer matrimonio, y á la muerte de su madre se consagró por completo á su caritativa misión.

El Angel de Caracas vistió el hábito de hermana de la caridad.

LA BARONESA DE WILSON

LOS INVISIBLES

arreglo de Hoffmann

POR DON CECILIO NAVARRO

(Continuación)

Pequeño de estatura, ancho de hombros, de estructura fuerte y muscular, Cardillac había conservado á los cincuenta años todo el vigor y vivacidad de su juventud.

BUEN BOTÍN, dibujo de K. Schultheiss

LA CALLE DE GRACIAMAT EN BARCELONA, dibujo de J. L. Pellicer

Cabellos rojos y rizados, rostro encendido y expresivo, atestiguaban este vigor poco comun. Si Cardillac no hubiera sido conocido en todo París como un hombre de honor, franco, desinteresado, dispuesto siempre á servir á quien solicitaba su favor, la extraña mirada que se escapaba de sus ojillos grises, chispeantes y hundidos habría bastado para hacerlo sospechoso de astucia y aun de maldad. Pero ¿quién se hubiera atrevido á sospechar del hombre más honrado y bondadoso del mundo?

Cardillac, como hemos dicho, era uno de los artistas más hábiles de su profesión, no ya sólo en París, sino acaso en toda Europa. Conociendo perfectamente la naturaleza de las piedras preciosas, sabía disponerlas y engarzarlas de tal modo que las joyas que á primera vista parecían de escaso valor, tomaban al salir de sus manos un esplendor extraordinario. Aceptaba de buen grado toda demanda y ponía á sus joyas un precio tan módico, relativamente al primor de su trabajo, que todos los compradores le quedaban agradecidos.

Entonces su obra no le dejaba ya punto de reposo, viéndosele trabajar en su taller así de día como de noche; y á menudo, cuando acabada la obra, no quedaba completamente satisfecho de su trabajo, la volvía al crisol y comenzaba de nuevo la costosa operación. De este modo, no salían de sus manos sino obras maestras inimitables que causaban la admiración de todos los inteligentes.

Pero era casi imposible obtener del entusiasta artista la obra que había acabado. Con mil pretextos aplazaba su entrega de semana en semana, de mes en mes. En vano se le ofrecía el doble del precio convenido; ni un luis de oro hubiera él aceptado sobre lo que había pedido al ajustar su obra. Cuando, al fin, se veía obligado á entregarla, apenas podía disimular su despecho y á veces su cólera.

—Ved, maestro Cardillac, que mañana es el día de mi boda y...

—¿Y qué tengo yo que ver con vuestra boda? Volved por ella dentro de quince días.

—Pero la obra está hecha; entregádmela pues; aquí está su precio.

—¡Oh! tenéis mucha prisa y yo no tengo ninguna, porque la obra necesita aún muchos toques y retoques.

—Si no me la entregáis ahora mismo, no extrañéis que vuelva por ella con los arqueros de la policía.

—Cargue el diablo con la joya, con vos y con vuestra novia.

Y Cardillac colgaba la joya en el jubón del novio y lo despedía groseramente.

Había también en la conducta del maestro otras extravagancias que no se comprendían mejor. Con frecuencia, después de haber aceptado hasta con entusiasmo una demanda, volvía con el más profundo pesar á suplicar á la persona que se la había hecho, que tuviera la bondad de dispensarlo de aquel compromiso, invocando á la Vírgen y á todos los santos con lágrimas y sollozos. Muchas personas de la más alta distinción le habían ofrecido en vano sumas considerables por obtener de él una joya. Hubo de arrojarse á los pies del rey implorando como una gracia la seguridad de quedar exento de trabajar para él. Igualmente se resistió á servir á Mad. de Maintenón.

—Apuesto,—dijo la marquesa á su amiga,—que si mando llamar á Cardillac para saber el nombre de la persona que le encargara estas joyas, se negará á venir con cualquier pretexto, temiendo que le encargue alguna obra, pues no quiere absolutamente trabajar para mí. Sin embargo, parece que no es ya tan tenaz como antes; y aun se dice que es más activo que nunca y que entrega sin tantas dificultades su trabajo, aunque siempre con el profundo pesar del maestro enamorado de sus obras.

La Scuderi, cuyo ardiente deseo era entregar cuanto antes la cajita de las joyas á su legítimo dueño, pensó que podía decirse al joyero que no se trataba de encargarle ningún trabajo, sino obtener su parecer sobre el valor de unas joyas.

Aceptada la idea por la marquesa, se envió á llamar á Cardillac, y como si el joyero hubiera estado ya en marcha hacia el palacio, entró algunos momentos después.

A vista de la Scuderi, hubo de sorprenderse el joyero, como un hombre á quien ocurre un incidente inesperado; y olvidando en su emoción las conveniencias, se inclinó primero respetuosamente ante ella, y después saludó á la marquesa, la cual indicándole las joyas, puestas sobre una mesa, le preguntó si eran obra suya.

Apenas les echó el maestro una mirada, cuando encerrándolas precipitadamente en la caja, las rechazó violentamente lejos de sí.

—En verdad, señora marquesa,—dijo sonriendo horriblemente,—menester es conocer muy poco el arte de Renato Cardillac para creer un solo instante que hay en el mundo otro joyero capaz de hacer semejante obra. Ese trabajo es mío.

—Decidnos pues,—preguntó la marquesa,—¿para quién lo hicisteis?

—¿Para quién? Para mí solo,—contestó Cardillac.

Figuras de estudio para el cuadro *La Naumaquia romana*, de R. de Villodas

—Tomad, señora, este aderezo; aceptadle en testimonio del profundo respeto que he tenido siempre á vuestras virtudes y talentos, y también como una prenda de los íntimos pensamientos que quisiera expresaros.

La Scuderi vacilaba aún. Pero la Maintenón tomó la caja de manos del joyero y dijo á su amiga:

—No rehuséis el presente que el gran artista os ofrece voluntariamente y que otras personas no podrían obtener á ningún precio.

Cardillac hizo todavía mil extremos para obligarla á aceptar. Y luego que lo consiguió, se despidió torpemente, tropezando y aun derribando al paso algunos muebles.

—Me espanta ese hombre,—exclamó la Scuderi ya á solas con su amiga.

—Es que está enamorado y...

—¡Qué horror!

—Pero es generoso con su amada.

—¡Oh! nunca me serviré de esas joyas.

—¿Y por qué razón?

—Porque han estado ya en poder de los Invisibles y tienen á mi vista como reflejos de sangre.

—Vanas aprensiones.

—Luego me inquieta un mal presentimiento: paréceme que hay en todo esto un espantoso misterio.

—No me queráis asustar á mí también.

—¡Oh! no las usaré jamás; antes las arrojaría al río.

III

Algunos meses después se aglomeraba numerosa multitud en la calle de San Nicasio delante de la casa de Cardillac, amenazando con espantosa gritería echar la puerta abajo.

Los arqueros de la policía á duras penas podían tener á raya al populacho. En medio de aquella agitación tumultuosa se oían furiosas voces que decían:

—¡Descuartizadlo! ¡Arrastradlo! ¡Echadlo al río! ¡Que no quede memoria del infame asesino!

Desgrais, teniente de policía, avanzó con numerosa cohorte y consiguió abrirse paso por entre la apiñada multitud.

La puerta se abrió luego.

Un hombre cargado de cadenas salió de la casa, en medio de las imprecaciones é injurias del pueblo.

Al mismo tiempo se arrojaba desesperada á los pies de Desgrais una joven medio vestida con el pelo suelto y hermosa en su dolor como una Vírgen de las Angustias.

La joven abrazaba las rodillas de Desgrais, exclamando con voz desgarradora:

—¡Es inocente! ¡Es inocente!

En vano Desgrais y los suyos se esforzaban en levantarla para alejarla del tumulto. Un hombre rudo y vigoroso la agarró al fin, y vacilando él mismo en su propio esfuerzo la dejó rodar por la escalera de piedra.

La pobre joven cayó en el fondo y quedó allí sin movimiento ni voz.

La vieja escritora Scuderi, que acertó á pasar por la calle en su carruaje y fué detenida por el mismo tumulto no lejos de la casa del joyero, pudo presenciar esta triste escena.

—¡Por Dios!—exclamó,—¿qué pasa aquí?

Y sin poder contenerse echó pie á tierra.

Hendiendo la multitud que se apartaba respetuosamente á su paso, pudo acercarse á Desgrais, que la conocía muy bien, y le hizo la misma pregunta:

—¿Qué pasa aquí, amigo mío?

—Un crimen espantoso,—contestó Desgrais.—Esta mañana ha aparecido asesinado de una puñalada el célebre artista, el honrado y buen cristiano Renato Cardillac.

—¡Jesús!

—Ya veis, señora.

—¡Qué horror! ¿Y esa joven?

—Es Madelón, la hija de Cardillac.

—¡Pobre niña!

—No la compadezcáis tan pronto, señora: la pobre niña es la querida y sin duda cómplice del asesino de su padre.

—Me volvéis loca. ¿Es posible?

—La joven llora y gime jurando y perjurando que su amante es inocente. En todo caso, sabe muy bien lo que ha pasado, y para que ilustre la conciencia de los jueces, voy á llevarla presa también.

Madelón volvía ya en su acuerdo, pero incapaz de pronunciar una palabra ni de hacer un movimiento, esperaba en vano auxilio extraño.

Profundamente conmovida la buena vieja Scuderi contemplando con lágrimas en los ojos un semblante tan angelical, miró con repulsión al severo Desgrais que la suponía capaz de crimen tan horrendo.

De repente se oye un sordo murmullo procedente de la casa.

Era que sacaban el cadáver de Cardillac.

—¡Infame asesino!—decía el populacho.—¡Haber asesinado al más hábil artista de París! ¡Y al hombre más honrado del mundo!

La Scuderi tomó una resolución instantánea.

—Desgrais,—dijo solemnemente,—tomo bajo mi protección á esta joven y me la llevo á mi casa.

—Señora, el tribunal...

—Yo respondo al tribunal y al rey de la inocencia de esta joven.

—En hora buena, señora. Así lo diré y el tribunal resolverá.

Las piadosas mujeres que allí había tomaron en brazos á la desfallecida joven y la llevaron al carruaje de la digna dama que había arrancado una víctima inocente al tribunal de sangre.

La Scuderi partió luego con su protegida entre los aplausos y bendiciones del pueblo.

Luego que la joven recobró sus fuerzas con la asistencia del médico y la solicitud de su piadosa protectora, le refirió lo que había pasado con todos sus detalles. A eso de media noche hubo de despertarse sobresaltada por los golpes que daban á la puerta de su aposento y por la voz de su novio Oliverio Brusón, que le rogaba se levantara y acudiera á asistir á su padre que estaba ya en la agonía. Al oir tan triste nueva saltó de la cama, se vistió á la ligera y abrió la puerta de su cuarto, viendo á Oliverio pálido y desencajado con una luz en la mano.

—Sígueme,—le dijo. Y ella lo siguió al taller donde yacía su padre con los ojos fijos y en las convulsiones de la muerte. Al verlo ensangrentado, le preguntó por su asesino; pero el padre sin poder ya contestar á esta pregunta, tomó las manos de los dos amantes, arrodillados ante él, las unió estrechamente, y dando un prolongado gemido expiró. Los dos amantes lo lloraron amargamente, acompañados á intervalos por los vecinos de la casa, y así continuaron hasta la triste escena de la prisión.

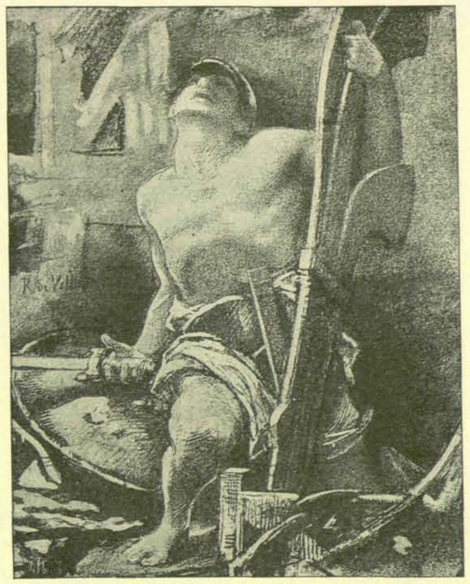
Madelón añadió á esto la pintura más conmovedora de la virtud y fidelidad de Oliverio, ponderando el respeto y cariño que tenía á su padre, como si fuera el suyo propio, así como la estimación con que lo distinguía éste, que lo había aceptado por yerno, porque su habilidad de artista corría parejas con sus sentimientos de hombre honrado.

Con esto ponía á Dios por testigo de la inocencia de su amante y rogó en son de plegaria á su piadosa protectora que interpusiera su gran valimiento en la corte para salvarle la vida.

La vieja Scuderi, conmovida, le ofreció hacer cuanto pudiera para lograr tan piadoso objeto, si la gracia era compatible con la justicia.

Después de haber adquirido informes extraños y desinteresados para formar juicio más exacto del carácter moral de Oliverio, y antes de invocar la clemencia del rey, pareciéle prudente á la buena señora dirigirse primero al presidente La Reynie y llamar su atención sobre todas las circunstancias favorables al presunto reo, despertando así, si era posible, en el ánimo del presidente una convicción benévola que pudiera comunicarse á los jueces.

La Reynie recibió á la noble anciana con todos los miramientos debidos á una dama que merecía todo el favor del rey. Escuchó tranquilamente todo lo que le contó sobre las relaciones de Oliverio con su maestro, sobre su buen carácter y sobre el crimen que se le imputaba. La Scuderi repitió muchas veces con lágrimas en los ojos que un juez no debía ser enemigo de los pobres acusados, inocentes con frecuencia, y que debía prestar atención á todo lo que hablaba en favor de ellos.



Figuras de estudio para el cuadro *La Naumaquia romana*, de R. de Villodas

Luego que la bondadosa señora hubo acabado su discurso de intercesión y enjugado las lágrimas de sus ojos, tomó la palabra el magistrado diciendo:

—Digno es de vuestro buen corazón compadeceros de las lágrimas de una joven enamorada, creer todo lo que os ha referido y resistiros naturalmente á admitir la posibilidad de un crimen tan atroz; pero no puede hacer lo mismo un juez acostumbrado á arrancar la máscara de la hipocresía. Mis funciones no me obligan á desarrollar á vista de cualquiera que me pregunte el curso de un proceso criminal: sé mi deber y me importa poco el juicio de las gentes. Los culpables deben temblar ante el tribunal de sangre que presido. Pero con vos, señora, no quisiera pasar por un monstruo de crueldad y voy á exponeros en pocas palabras la situación de ese malvado, que Dios mediante, recibirá el condigno castigo. Cuando me hayáis oído, vos misma rechazaréis los sentimientos de benevolencia con que habéis venido á interceder por el reo. Una mañana se encuentra muerto de una puñalada al honorable y digno Renato Cardillac; ha muerto en su propia casa y no hay á su lado más que su oficial Oliverio Brusón y su hija. Se encuentra, entre otras cosas, en el cuarto de Oliverio un puñal ensangrentado que se adapta á la herida, y aunque supone el reo que el maestro fué herido fuera de la casa, está probado de la manera más cierta é indudable que el bueno de Cardillac no salió de su casa aquella infausta noche. La puerta de la casa se cierra con pesada cerradura que produce estridente ruido cuando se hace uso de ella; las hojas de la puerta giran sobre sus goznes haciendo mayor ruido, como ha demostrado la prueba judicial. En la planta baja, cerca de la puerta de entrada, vive el viejo Claudio Patón, con su mujer: los dos oyeron bajar al maestro á las nueve en punto, cerrar la puerta ruidosamente, correr los cerrojos, subir de nuevo, rezar en alta voz sus oraciones y entrar luego en su dormitorio. El viejo Claudio padece de insomnios, como suele suceder á edad avanzada; y aquella noche no pudo pegar los ojos. Serían las diez cuando su mujer fué á traer una luz, se

FIGURAS DE ESTUDIO PARA EL CUADRO LA NAUMAQUIA ROMANA, de R. de Villodas

sentó á una mesa, colocada cerca de Claudio, y lo entretuvo leyendo una antigua crónica, mientras el viejo, ya se sentaba en un sillón, ya se paseaba por conciliar el sueño con la fatiga. Todo permaneció en silencio hasta media noche. Entonces oyeron en el piso superior pasos pesados, y el golpe sordo como de un cuerpo que se desplomara al suelo, al mismo tiempo que un siniestro gemido. Los dos viejos se sobrecogieron de inquietud, pues les pasó por la cabeza la idea del crimen que se acababa de cometer.

—Pero, en nombre del cielo,—exclamó la Scuderi, – después de todo lo que os he referido, ¿á qué causa podéis atribuir tanta maldad?

—¡Oh! Cardillac no era pobre, pues á lo menos poseía alguna pedrería.

—Y bien, ¿no había de heredarlo todo su hija? ¿Olvidáis que Oliverio era su prometido?

—Oliverio debía robar y asesinar por cuenta de otros.

—¡Por cuenta de otros! ¡Qué horror!

—Habéis de saber, señora,—continuó diciendo el presidente,—que Oliverio habría pagado ya su deuda en el patíbulo, si no se refiriera su crimen al profundo misterio que tiene consternado á todo París. Oliverio Brusón pertenece sin ninguna duda á esa asociación de ladrones y asesinos que ejecutan con toda seguridad sus diabólicos planes, burlando de una manera incomprensible el celo del tribunal y la vigilancia de todos los dependientes de justicia. Pero esta causa nos dará luz para descubrir el pavoroso misterio. La herida de Cardillac se asemeja completamente á todas las inferidas hasta ahora para realizar esos planes tenebrosos. Pero lo más notable de todo es que desde la prisión de Oliverio Brusón han cesado todos los robos y asesinatos, estando ya seguras las calles así de noche como de día. Prueba es de que Oliverio estaba á la cabeza de esa criminal asociación. El no quiere confesarlo; pero el tribunal tiene medios eficaces para obligarle á declararlo todo.

—Estoy asombrada,—dijo la Scuderi. – Pero, ¿y la pobre huérfana, esa inocente y cándida paloma?

—¡Inocente y cándida paloma!—exclamó el presidente con sonrisa venenosa. – ¿Quién pudiera asegurar que no es cómplice del hecho?

—¡Del hecho de matar á su padre!

—¿Qué le importa su padre? Sus lágrimas no se dirigen sino á su asesino.

—Pero eso es imposible.

—¡Oh!—exclamó La Reynie,—recordad solamente á la Brinvilliers. Así, me perdonaréis, señora, si no puedo atender vuestra mediación.

—A lo menos,—dijo la Scuderi,—¿me sería permitido ver á ese desgraciado?

El presidente la miró con su sonrisa siniestra y contestó:

—Sin duda queréis sondear vos misma ese pavoroso abismo, dejándoos llevar más bien de vuestros sentimientos que de vuestras propias observaciones. En hora buena: si no os espanta la sombría mansión del crimen, si no teméis ver la imagen de la abyección, dentro de dos horas se os abrirán las puertas de la Conserjería y allí podréis ver á ese criminal cuya suerte os interesa tanto por una compasión verdaderamente inverosímil.

En efecto, inverosímil ó no su compasión, la protectora de la interesante huérfana no podía creer que Oliverio fuera el asesino del padre de su amada: todo hablaba contra él, y ningún juez del mundo en semejante caso hubiera podido juzgar de otra manera que el rígido La Reynie; pero el cuadro de felicidad doméstica pintado por Madelón con tan risueños colores borraba en el corazón de la piadosa anciana toda sospecha, prefiriendo admitir un misterio inexplicable que una creencia contra la cual protestaban todos sus sentimientos.

Quería que el mismo Oliverio le refiriera lo que había pasado aquella funesta noche y penetrar por este medio en lo posible un misterio que acaso no se había revelado á los jueces, porque éstos no se habían tomado el trabajo de sondearlo.

IV

Al llegar á la Conserjería, fué conducida la Scuderi á una sala bien alumbrada, y aunque la buena señora, que iba en pasos de caridad, ni siquiera se acordó del peligro, no fueron pocas las precauciones que había tomado ya el presidente, temiéndolo todo de un hombre juzgado ya por él como el mayor criminal.

Un momento después se oyó el siniestro ruido de los hierros y apareció Oliverio Brusón.

Era Oliverio un mozo de unos veinticinco años, gallardo, hermoso, simpático.

La inquietud que turbaba el ánimo de la anciana al verse en aquel siniestro lugar y el sentimiento de irreflexivo terror que la hizo temblar al oir al reo arrastrar sus cadenas, desapareció instantáneamente trocándose en benevolencia y confianza al ver á un joven cuya triste pero bondadosa expresión protestaba desde luego contra el crimen atroz que se le imputaba.

La anciana le hizo una seña para que se sentara cerca de ella; el mozo se arrodilló á sus plantas, pues sabía ya que era la protectora de su amada y anhelaba extender tambien á él su protecccción y valimiento; y en esta humilde y piadosa actitud, hizo su confesión como á los pies de un confesor.

Apenas podía la buena anciana dar crédito á sus sentidos y se hizo repetir más de una vez el hecho capital de una revelación inverosímil; y luego que poseyó todo el misterio, salió de la sala y del funesto palacio, pálida, trémula, jadeante.

A la puerta de la Conserjería topó con el presidente del tribunal.

—Estoy loca,—le dijo.

Y pasó sin detenerse.

—¿No os lo dije? – exclamó La Reynie con su siniestra sonrisa.—Es un gran criminal, que no merece vuestra compasión, sino todo el rigor de la ley.

El presidente, sin embargo, se engañó sobre los móviles de la turbación de la Scuderi.

Sea como quiera el reo estaba ya juzgado por el tribunal, y si no se le ejecutaba dándole el más duro suplicio, no era ciertamente por la duda de su culpabilidad, sino por el deseo de hacerle confesar en el potro del tormento las misteriosas ramificaciones de la asociación criminal que tenía consternado á todo París y de la cual se suponía á Oliverio director y caudillo.

Pero ¡cuán inseguro es el juicio humano y cuán falible la verdad legal!

He aquí un hecho:

—Señor presidente, el señor conde de Miossens, coronel de la guardia real, solicita el honor de hablaros con urgencia.

—Que no se detenga el señor conde.

—Perdonad, señor presidente, si vengo á interrumpir vuestras graves tareas, —dijo el coronel después de saludarlo.

—Siempre viene oportunamente á mi despacho el señor conde.

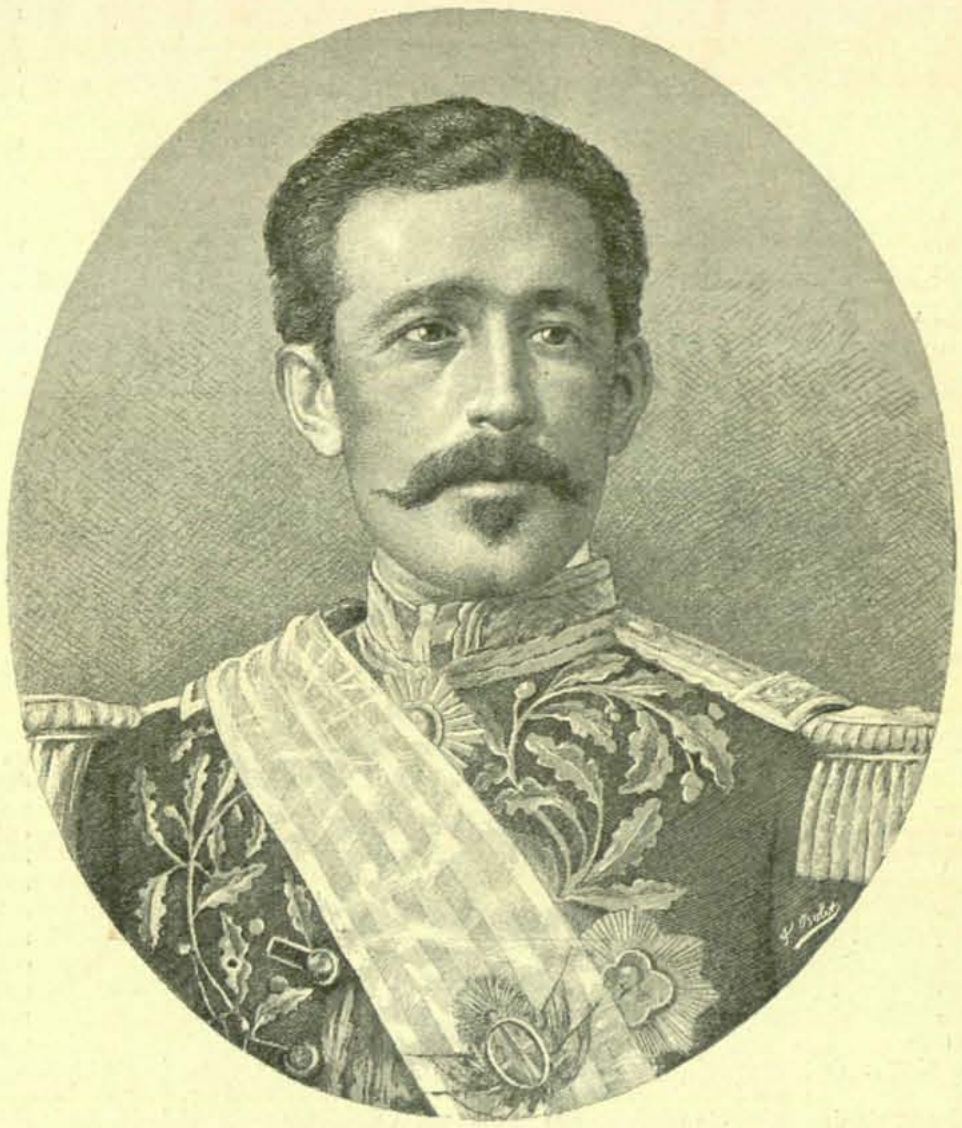
—Aunque así no fuera esta vez, me atrevería á arrostrar vuestro enojo á trueque de quedar en paz con mi conciencia.

—¿Tan grave es el caso?

—Muy grave: tengo que haceros una revelación importante siquiera me alcance á mí la espada de la justicia, pues no fuera hombre de honor, si permitiera que por mí padeciera un inocente persecución por la justicia.

—Ya os escucho,—dijo el presidente tomando la rigidez de semblante que exigían sus funciones.

(Continuará)



EL GENERAL M. TAJES (Presidente de la república oriental del Uruguay)

A trabajar en paz por los intereses de la Patria.
M. Tajes

FÍSICA SIN APARATOS

EL PRINCIPIO DE LA INERCIA.—Los experimentos sobre el principio de la inercia son muy numerosos, y no pocos hemos dado ya á conocer en nuestro periódico. He aquí otros dos tan fáciles como curiosos.

Colóquense apiladas en un plato hasta una docena de monedas é invítese á los circunstantes á ponerlas de una vez sobre una mesa sin descomponerse la pila ó cúmulo que forman. Los no iniciados lo procurarían en vano; y es no obstante la cosa más sencilla. Levántese el plato á unos 30 centímetros por encima de la mesa; bájese rápidamente hastaunos veinte centímetros y atráigase á sí el plato con la misma rapidez.

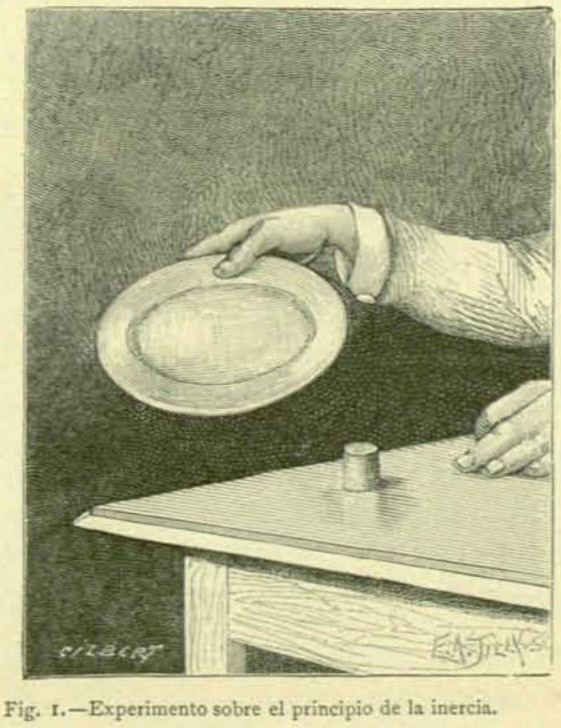


Fig. 1.—Experimento sobre el principio de la inercia.

Fig. 2.—Otro experimento sobre el mismo principio.

¿Qué sucederá?

Falta de apoyo la pila de monedas, caerá sobre la mesa conservando su posición (fig. 1).

La otra prueba consiste en levantar el brazo de modo que quede horizontal el antebrazo, y poner entonces en el codo la misma pila de monedas, como indica la figura 2.

Si en esta posición se baja rápidamente el codo, falta de apoyo la pila, queda aislada en el espacio y puede recogerse enteramente por la misma mano que se baja.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN